

HOMENAJE  
A  
JUAN DE LA COSA  
Y AL  
INDIANO  
EN EL  
DIA DE LA HISPANIDAD

12 DE OCTUBRE DE 1957



SANTOÑA (Santander)





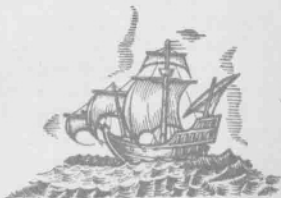


Registro Nº R 36266

BIBLIOTECA  
SEDE IBEROAMERICANA  
FINIA

HOMENAJE  
A  
JUAN DE LA COSA  
Y AL  
INDIANO  
EN EL  
DIA DE LA HISPANIDAD

12 DE OCTUBRE DE 1957



SANTOÑA (Santander)

Depósito legal: SA 68.—1958.

---

Taller de Artes Gráficas de los Hermanos Bedia, Africa, núm. 5.—Santander

# INTRODUCCION

## DEL ALCALDE DE SANTOÑA

### D. ALEJANDRO SIERRA CARRE

Excelentísimos e ilustrísimos señores; señores y señoras:

Breves palabras para, en primer lugar, expresar mi profundo agradecimiento por su presencia y colaboración en este acto, a nuestros amigos los alcaldes que nos acompañan y a nuestros hermanos los indianos que con su asistencia dan la nota esencial y justificativa de este homenaje.

Siente orgullo Santoña de contar con hijos preclaros en el pasado y en el presente, pero ninguno como Juan de la Cosa, genio de las rutas del mar, no en balde gestado entre horizontes de bruma y mecido después por la suave canción de cuna, que no otra cosa sería para sus oídos el murmullo de las olas.

Pero no he de ser yo quien cante su gloria, sino la autorizada pluma de don Ciriaco Pérez Bustamante, Rector Magnífico de la Universidad Internacional, catedrático de Historia de la Universidad de Madrid, inteligencia iniciada y esculpida en los Claustros de la Institución Manzanedo; indiano selecto a quien nunca olvidaremos los santoñeses y a quienes queremos dedicar un lugar preeminente en este acto.

Por no poder desplazarse va a ser leído el trabajo por don Ignacio Aguilera, director de la Biblioteca de Menéndez Pelayo, que con su característica amabilidad se ha prestado a colaborar.

Permitidme por fin dedicar un recuerdo emotivo a tres indianos de abolengo, paladines de la cultura, arte y sensibilidad humana: me refiero al Marqués de Manzanedo, Marqués de Comillas y Marqués de Valdecilla, cuyas obras merecen imperecedero recuerdo.

(Publicado en *El Diario Montañés*, 13-X-1957.)





# EVOCACION A JUAN DE LA COSA

POR

CIRIACO PEREZ BUSTAMANTE

Rector Magnífico de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo

“A pesar de las intensas labores académicas que pesan sobre mí en estos días y que me impiden asistir personalmente a los actos que se celebran en Santoña, no podía negarme al requerimiento de su ilustre alcalde para participar en ellos, siquiera sea a distancia y de manera menos activa.

Porque en mi vida y en mi espíritu pesa y pesará siempre la influencia formativa de ese gran Centro cultural que fué y sigue siendo la “Institución Manzanedo”, fundación de un santoñés ilustre cuya memoria quiero evocar con la máxima emoción.

Años felices los de mi infancia, que transcurrió en el ámbito de aquel Colegio, regido por hombres eficaces, doctos y probos, entre los cuales debo recordar a don José Galocha y Alonso, a don Jorge Crespo y Sainz del Castillo y don Pedro Longás y Bartibás, que sucesivamente rigieron los destinos de la Institución. Para los dos primeros, mi oración fervorosa por su eterno descanso; para el último, mi deseo de que Dios prolongue su vida fecunda y ejemplar. Jubilado en su cargo de bibliotecario, tuve el honor de pedir para él la

Cruz de Alfonso X el Sabio y no pocas veces el de asistir a su misa en la iglesia del Buen Suceso, de Madrid, donde todavía ejemplariza a los fieles con su modestia, con su bondad, con su sabiduría y con su palabra docta y discreta.

A través de las distancias en el tiempo, en el espacio y en la eternidad, quiero también recordar y rendir homenaje a mis maestros —Corripio, Laín, Burgos Lanchares, Pajares y tantos otros—, así como a mis compañeros de clases, de juegos y de emociones infantiles, y con ellos, y de modo singular, a mis padres, tanto más queridos y evocados cuanto los avatares de la vida y de los años nos aislan cada día más del mundo que nos rodea y concentran nuestras emociones y nuestra íntima sensibilidad en la lejanía de los felices años de la infancia, sin cuidados, sin preocupaciones y con el consuelo de la confianza en el amoroso regazo maternal o con el descanso, en la atención del padre cuidadoso y vigilante.

Juan de la Cosa, cuya memoria evocamos hoy, vive en uno de los momentos culminantes de la historia del mundo y de la historia de Europa. Ni él ni los hombres de época pudieron darse cuenta de la profunda y radical transformación de los conocimientos y de la vida de la humanidad a través de los fabulosos descubrimientos en que tomaron parte y de los que fueron actores decisivos.

Pedro Mártir de Anglería, aquel gran humanista e inigualable observador de los acontecimientos que se desarrollaban en torno a los Reyes Católicos, muestra su asombro ante las noticias que continuamente llegaban de las tierras descubiertas por Cristóbal Colón: “¡Levantad el espíritu mis dos sabios ancianos —dice en su epístola de 13 de septiembre de 1493 al Conde de Tendilla y al Arzobispo de Granada—, escuchad el nuevo descubrimiento! Recordad —porque conviene recordarlo— que Colón, el de Liguria, estuvo en los campamentos tratando con los Reyes acerca del recorrido por los antípodas occidentales de un nuevo hemisferio de la tierra. Con vosotros se trató en alguna ocasión de este asunto y, se-

gún tengo entendido, sin vuestro consejo Colón no hubiera llevado a cabo esta empresa. Este ha regresado sano y salvo; dice que ha encontrado cosas admirables; ostenta el oro como prueba de las minas de aquellas regiones. Trajo algodón y perfumes, tanto de forma alargada como redonda, más pen-trantes que la pimienta del Cáucaso, que produce, natural-mente, aquella tierra juntamente con árboles de cochinilla. Caminando desde Cádiz hacia Occidente, a los cinco mil pasos tropezó con un archipiélago. Entre ellas, tomó posesión de una de sus islas que asegura ser de mayor extensión que toda Es-paña. Encontró hombres contentos con lo que da la natura-leza, desnudos, que se alimentan con manjares nativos y con pan de raíces y de ciertas matas de palmitos, llenos de nudos, que ellos a su tiempo cubren de tierra”.

Pero Colón, descubridor del Nuevo Mundo, cae en el error de suponer que había llegado al continente asiático, a las tie-rras del Cipango y del Cathay. Lo mismo que él, todos los protagonistas de los viajes menores, hasta que Américo Ves-pucio se dió cuenta de la existencia de un continente nuevo interpuesto entre Europa y Asia, e individualizó de modo claro y terminante, con toda precisión, el que había de llevar su nombre con evidente injusticia, ya que hoy esá perfectamente averiguado que Vespucio pisó la tierra firme después de ha-berla descubierto Colón en el tercero de sus viajes.

A Juan de la Cosa le corresponde el honor de haber sido el primero que trazó la carta geográfica del Nuevo Mundo, recogiendo en su monumental planisferio todos los descubri-mientos realizados hasta el año de 1500 y rectificando algún error colombino de tanta importancia como el de negar la insularidad de Cuba, obligando a todos los tripulantes, entre ellos al marino montañés; a jurar ante el escribano público que habían llegado a la tierra firme y al comienzo de las In-dias Orientales que buscaba el almirante.

El mapamundi de Juan de la Cosa es uno de los monu-mentos más insignes de la cartografía universal y prueba la

pericia de su autor en este género de trabajos. "Hoy —dice Fernández Duro—, con todos los adelantos de las artes, no se haría un trabajo de la minuciosidad y lujo de colores y oro que muestra el de Juan de la Cosa. Es éste a las cartas modernas lo que las Biblias miniadas a los libros impresos, sin excepción de la letra primorosa del copista, particularmente esmerada y caprichosa en la leyenda central que dice *Mare Oceanum*".

Pero Juan de la Cosa no es solamente un cartógrafo insigne y un piloto expertísimo, del que nos dice Las Casas que era el mejor que por aquellos mares había por haber estado en todos los viajes que había hecho el almirante. Es también un descubridor y un conquistador que acompaña a Rodrigo de Bastidas en su expedición a Urabá y al Darién, lo que le valió el cargo de Alguacil Mayor del gobernador de aquellos territorios y el de cartógrafo de la recién creada Casa de la Contratación de Sevilla. La Reina Isabel le tiene en gran estima y le envía a Portugal para que se informe secretamente del viaje que acaban de hacer los lusitanos a las Indias, y después le concede una capitulación para ir al Golfo de Urabá y a otras tierras e islas del Mar Océano que no fueran las que descubrió Cristóbal Colón o cayeran dentro de la jurisdicción del Rey de Portugal, expedición que realizó en 1504, y que resultó sumamente provechosa, a pesar de las increíbles penalidades y del hambre que sufrieron los expedicionarios, algunos de los cuales, a pesar de la intervención de Juan de la Cosa, llegaron a comer carne humana.

Fué más tarde nombrado capitán de las naves que había de defender y de proteger desde Cádiz hasta el Cabo de San Vicente a las que venían de las Indias. Por último, la expedición con Ojeda y su muerte heroica en Turbaco, acribillado por las flechas de los indios.

Algún cronista, como Fernásdez de Oviedo, atribuye a Juan de la Cosa excesiva preocupación por enriquecerse y atesorar botines fabulosos. Ballesteros ha demostrado en su

excelente monografía sobre el gran marino y cartógrafo santotónés, lo infundado de tales afirmaciones, destacando su bondad, su prudencia y su hombría de bien, cualidades que le valieron la estimación de los Reyes Católicos y singularmente de Doña Isabel, tan cuidadosa en la elección de sus colaboradores. Jamás en la historia de España se cuidó tanto la selección de los hombres de gobierno y de empresa como en los tiempos de la gran Reina, que en repetidas ocasiones manifestó el crédito y la confianza que le merecía Juan de la Cosa.

No es el ansia de oro el estímulo y el móvil de nuestros descubridores y conquistadores. Menéndez Pidal lo ha demostrado de modo indubitable: "No son la codicia ni el ansia de mando los móviles de estas expediciones. Aparte de "servir a Dios propagando la cristiandad y de servir al Rey, procurándole mayor grandeza", hay otro factor que, a juicio de este eximio autor, no ha sido estudiado todavía con la debida atención: "El deseo de la gloria que el Renacimiento imbuía en todos los ánimos, y que en todos recibía la forma con que la literatura histórica de Grecia y de Roma. Aun los hombres de poca lectura, como era Bernal Díaz, están saturados de las ideas de gloria y de fama bebidas en los libros de la antigüedad".

En el manuscrito *Alegría*, que parece ser el que autorizó Bernal Díaz como redacción definitiva para publicar su crónica, se leen estas palabras: "Pues mírenlo bien en lo que adelante diré y verán lo que ayudé a ganar ese gran reino e muchas provincias y ciudades para nuestro rey y señor, por lo cual doy muchas gracias a Dios por las grandes mercedes que me haze. Y esto tengo por mis thesoros y riquezas más que muchas barras de oro que tubiese atesoradas, porque el oro se consume y gasta y la buena fama siempre halla memoria, pues que en la milicia de lo militar es en que empleé mi mocedad y jubentud, y es la cosa más preciada y tenida en este mundo y en nuestros tiempos así para que nuestra sancta

fee católica sea siempre más ensalçada como para que la justicia real sea más temida y acatada. Y esto dexo por herencia maiorazgo a mis hijos y descendientes porque tengo confiança en Dios que Su Magestad, desde que lo alcancen saber, como es chritianisimo les hará grandísimas mercedes, porque claramente ver que son dinos dellas”.

(Publicado en *El Diario Montañés*, 13-X-1957.)



# INDIANOS MONTAÑESES

*Lema: Hijos preclaros de La Montaña.*

POR

PEDRO CASTILLO IBAÑEZ

Dentro del nomenclátor comarcal español, quizá sea la provincia santanderina la más rica en número y expresión.

Pese a lo reducido de la periferia provincial, existen comarcas, como la trasmerana, cabuérniga, campurriana, pasiega, etc., etc., que se distinguen perfectamente entre sí por sus propias particularidades, tomando sus moradores la denominación de la comarca en que habitan.

Pero existe la calificación de MONTAÑESES y de INDIANOS que son comunes a todas y cada una de las regiones o comarcas, aunándolas, refundiéndolas, y que sirven para señalar a los hijos de esta cántabra provincia.

Montañeses, como nativos de la región que antiguamente se conocía por las Montañas Altas de Burgos, castellanos, por tanto, de la provincia santanderina, mirador de Castilla la Vieja al mar.

Indianos, por haber residido muchos de estos montañeses en América —antiguas y soñadas Indias— denominación, la de Indianos, que pasará a la Historia como tantas otras que se refieren a hechos y personas, ambos perfectamente conjun-

tados en el presente caso, de importantes y notorios negocios patrios.

Indianos, como popular y cariñosamente se considera con sana envidia y latente orgullo provincial y comarcal, a quienes un día se embarcaron como emigrantes en la capital provinciana, trasladándose al otro lado del Atlántico para con sus esfuerzos colaborar al engrandecimiento de aquellas Indias que descubriera el visionario del más allá, Cristóbal Colón, con la material e intelectual ayuda del trasmerano y santoñés Juan de la Cosa —primer indiano montañés— piloto y propietario de la carabela “Santa María”, en aquella españolísima empresa que patrocinaron los Reyes Católicos, en su afanoso deseo de “ganar almas para el cielo”; y que posteriormente, los indianos, regresaron a España con el fruto logrado por su bien y honrado trabajar.

Es verdaderamente maravilloso que en estos tiempos de rastreras pasiones, de leyendas negras que intentan malévolamente desvirtuar y desacreditar la empresa cristiana y educativa de España en América, trocando desde el denominativo de Hispanoamérica por el galicismo de latinoamérica, hasta el fin constructivo de la colonización, es ciertamente maravilloso, repetimos, que exista una palabra, la de INDIANO, que no solamente se conserva virgen e incommovible, sino que a medida que transcurre el tiempo adquiere mayor pujanza y esplendor.

Denominación, palabra la de INDIANO, que en sus sílabas encierra toda la sublime y heroica grandeza de la historia del descubrimiento, conquista, colonización y colaboración en el engrandecimiento de América, obra de España merced al tesón de sus mejores hijos.

Indianos, refiriéndonos a los montañeses, fueron Juan de la Cosa y muchos de los marinos que acompañaron a Colón en su primer viaje para descubrir el camino de las Indias, como el mismo Almirante afirmaba al manifestar que la gente que llevaba el piloto santoñés “eran todos o los más, de su tierra”.



Indianos también, los montañeses que intervinieron en la obra colonizadora y de conquista, llevando luz y civilización a las inteligencias indígenas, pues en la lista de pobladores y colonizadores de Nueva España que formulara el Virrey don Antonio de Mendoza, siglo XVI, aparecen los nombres de muchísimos pueblos de la provincia santanderina, como Ramales, Carriedo, Solórzano, Campoo, y en el Catálogo de pasajeros de Indias se hace referencia a numerosos montañeses de villas y lugares de la provincia santanderina. Tantos y tantos fueron los montañeses que se trasladaron al Nuevo Continente, que el Conde de la Granja, en uno de sus poemas, el de La Vida de Santa Rosa, menciona muchos apellidos montañeses, como Rivas, Navamuel, Calderón, Agüero, Polanco... llegando a exclamar maravillado:

¡Tanta nobleza junto al Sur extraña,  
juzgando va a poblar otra Montaña...!

Conquistadores, colonizadores, indianos, que levantaron iglesias y ciudades, universidades y colegios, patrias y religión, introduciendo en el Nuevo Continente cuanto de culto y productivo existía en el Viejo, hasta conseguir la mayoría de edad de más de una veintena de naciones, hijas predilectas de España, que lograda dicha mayoría alcanzaron su independencia.

Independencia que fué alentada por la cultura, por la gran obra misionera y colonizadora de España, porque si la nación descubridora hubiera efectuado su labor de colonización siguiendo la pauta que entonces, y ahora, marcan y marcaban otras naciones embarcadas en semejantes empresas, las Hispanoamericanas, sometidas entonces a un duro yugo, condenadas a una ignorancia, es indudable que hubieran tardado muchísimo tiempo en resurgir y valerse por sí solas.

Indianos también, recordemos a don Luis Vicente de Velasco defendiendo el Morro, aquellos soldaditos coloniales que abandonados a su suerte lucharon por la Patria, volviendo a regar con su españolísima sangre las fecundas tierras ame-

tados en el presente caso, de importantes y notorios negocios patrios.

Indianos, como popular y cariñosamente se considera con sana envidia y latente orgullo provincial y comarcal, a quienes un día se embarcaron como emigrantes en la capital provinciana, trasladándose al otro lado del Atlántico para con sus esfuerzos colaborar al engrandecimiento de aquellas Indias que descubriera el visionario del más allá, Cristóbal Colón, con la material e intelectual ayuda del trasmerano y santoñés Juan de la Cosa —primer indiano montañés— piloto y propietario de la carabela “Santa María”, en aquella españolísima empresa que patrocinaron los Reyes Católicos, en su afanoso deseo de “ganar almas para el cielo”; y que posteriormente, los indianos, regresaron a España con el fruto logrado por su bien y honrado trabajar.

Es verdaderamente maravilloso que en estos tiempos de rastreras pasiones, de leyendas negras que intentan malévolamente desvirtuar y desacreditar la empresa cristiana y educativa de España en América, trocando desde el denominativo de Hispanoamérica por el galicismo de latinoamérica, hasta el fin constructivo de la colonización, es ciertamente maravilloso, repetimos, que exista una palabra, la de INDIANO, que no solamente se conserva virgen e inmovible, sino que a medida que transcurre el tiempo adquiere mayor pujanza y esplendor.

Denominación, palabra la de INDIANO, que en sus sílabas encierra toda la sublime y heroica grandeza de la historia del descubrimiento, conquista, colonización y colaboración en el engrandecimiento de América, obra de España merced al tesón de sus mejores hijos.

Indianos, refiriéndonos a los montañeses, fueron Juan de la Cosa y muchos de los marinos que acompañaron a Colón en su primer viaje para descubrir el camino de las Indias, como el mismo Almirante afirmaba al manifestar que la gente que llevaba el piloto santoñés “eran todos o los más, de su tierra”.

Indianos también, los montañeses que intervinieron en la obra colonizadora y de conquista, llevando luz y civilización a las inteligencias indígenas, pues en la lista de pobladores y colonizadores de Nueva España que formulara el Virrey don Antonio de Mendoza, siglo XVI, aparecen los nombres de muchísimos pueblos de la provincia santanderina, como Ramales, Carriedo, Solórzano, Campoo, y en el Catálogo de pasajeros de Indias se hace referencia a numerosos montañeses de villas y lugares de la provincia santanderina. Tantos y tantos fueron los montañeses que se trasladaron al Nuevo Continente, que el Conde de la Granja, en uno de sus poemas, el de La Vida de Santa Rosa, menciona muchos apellidos montañeses, como Rivas, Navamuel, Calderón, Agüero, Polanco... llegando a exclamar maravillado:

¡Tanta nobleza junto al Sur extraña,  
juzgando va a poblar otra Montaña...!

Conquistadores, colonizadores, indianos, que levantaron iglesias y ciudades, universidades y colegios, patrias y religión, introduciendo en el Nuevo Continente cuanto de culto y productivo existía en el Viejo, hasta conseguir la mayoría de edad de más de una veintena de naciones, hijas predilectas de España, que lograda dicha mayoría alcanzaron su independencia.

Independencia que fué alentada por la cultura, por la gran obra misionera y colonizadora de España, porque si la nación descubridora hubiera efectuado su labor de colonización siguiendo la pauta que entonces, y ahora, marcan y marcaban otras naciones embarcadas en semejantes empresas, las Hispanoamericanas, sometidas entonces a un duro yugo, condenadas a una ignorancia, es indudable que hubieran tardado muchísimo tiempo en resurgir y valerse por sí solas.

Indianos también, recordemos a don Luis Vicente de Velasco defendiendo el Morro, aquellos soldaditos coloniales que abandonados a su suerte lucharon por la Patria, volviendo a regar con su españolísima sangre las fecundas tierras ame-

ricanas, aquellas tierras que con anterioridad se habían empapado generosamente con la de los conquistadores.

Indianos, los montañeses, los mozos que entre despedidas llorosas de sus viejucos iniciaron el viaje —saltaron el charco— camino de las Indias, de América, y abandonando sus aldeucas, constituídos en emigrantes de tercera clase, arribaron a la costa americana, a las tierras que descubrieron, conquistaron y colonizaron sus mayores, para con su esfuerzo y trabajo engrandecer las Repúblicas hispanoamericanas. Naciones que si alguna vez titubearon en reconocer la grandiosa labor que en ellas realizaron los españoles, tuvieron en los indianos el mejor recordatorio de la total entrega que a ellas hizo España.

Y fué así, con la sangre, sudor, desvelos y trabajo de los hispanos, de los montañeses, de los indianos, cómo en los últimos tiempos han florecido esplendorosamente toda la gama de jóvenes Repúblicas, que unidas fraternalmente, agradecidas, a España, componen la triunfante corona de la Hispanidad.

Naciones hispanoamericanas que a cambio de tanto sacrificio y constancia, trabajos e insomnios, esfuerzos y sudores han permitido —por desgracia no a todos— el bienestar de muchos indianos que lo consiguieron con sus puños, con la curvatura de sus fornidas espaldas, con la nieve en los cabellos, y arrugas en su piel, que fué dejando de ser blanquecina y adquiriendo ese suave tostado moreno, dejando en la empresa hasta su recia manera de hablar y expresarse, adquiriendo sus maneras y voz formas más cadenciosas, armoniosas, nuevas.

Indianos que cuando retornan a la vieja España, a la Tierrauca, siembran por doquier obras y mejoras, hospitales, universidades, institutos, seminarios, iglesias, puentes, traídas de aguas, teléfonos... Monumentos que, además de perpetuar perennemente el fruto logrado en América, sirven como ofren-

da, como aportación a la grandeza de la Patria que sueña el Caudillo; de estos combatientes, que si no alcanzaron tal grado en el campo de batalla, con todo honor lo efectuaron al otro lado del mar para el engrandecimiento de la Patria.

Hay algunos indianos que ciertamente merecen la Medalla de la Campaña de liberación nacional. Porque, recién liberada la provincia santanderina, cuando aún el cañón rugía en Asturias, abandonaron América y en magnífico gesto patriótico llegaron a La Montaña, para con su presencia alentar a los mozucos que combatían por una causa justa; y, posteriormente, cuando regresaron a las naciones adoptivas, constituirse en los mejores embajadores y pregoneros de la verdad de nuestra Cruzada.

Indianos, que jamás renegaron de su procedencia y condición humilde; que no sienten vergüenza en recordar sobre los mismos lugares, mieses y callejos, montes y cierros, los hechos más notorios de sus andanzas durante el período de humilde vida provinciana. Y así causa admiración y sorpresa verles encumbrados en la comodidad que proporciona la riqueza, recordando con lágrimas en los ojos "el lugar donde descalzos cargaron el carro de rozo", "el sitio donde mamaron la cabra...", "el... ¿dónde...?, ¿recuerdas...?"

Así, América, en justa réplica a nuestra inquietud, nos ha devuelto con el tiempo y a cambio de los viejos conquistadores que allí envió España, a estos montañeses, indianos, conquistadores ilusionados en constructiva competencia, de los lugares que abandonaron de mozos, para hoy liberarlos de la incultura, del dolor y de la necesidad repartiendo con sencillez, sin ostentación, sin darle importancia porque lo consideran un deber de indianos, de montañeses, de ciudadanía, las metálicas hojas de laurel de su victoria. Y al mismo tiempo, el indiano, ha creado el tipo de embajador más eficaz y desinteresado que conoce el mundo. Embajador de patriotismo, de honradez, de cultura, de modestia... De excesiva modestia, porque merced a su gran corazón, no desea exteriorizar su

bien probada competencia en los negocios y aspectos de la vida.

Pero existe también, y jamás debemos olvidarlo, otro modelo de Indiano, el que luchó y no triunfó. El que experimentó quizá muy cerquita las mieles de la riqueza, pero que por vicisitudes y altibajos de la vida no pudo reunir bienes de fortuna, dejando constancia de tesón y sacrificio al servicio de una empresa. Indiano al que no veremos regresar ufano y alegre, porque sus esperanzas, sus ilusiones de visitarnos se vieron truncadas una y otra vez al topar con la desgracia, y sus cuerpos descansan en aquellas tierras que les recibieron con los brazos abiertos, tan abiertos que al abrazarles estrechamente no les permitieron regresar...

A este modelo de Indiano —como al anterior, que nunca se olvidó de ayudar al hermano, al paisano, creando magníficas obras de beneficencia en América—, a todos los indianos les cabe el honor, el casi milagro diríamos, digno de pregonarse en alta voz en estos tiempos de incomprensibles y anticristianas luchas raciales —y en este aspecto, como en todos los que se refieren a la obra colonizadora, España tenía también que dar ejemplo de amor cristiano y de fraternidad mundial—; a los indianos, decimos, les cabe el honor de haber dado al mundo un nuevo tipo de persona, haber creado una nueva raza, si se quiere, la hispanoamericana, eslabón que une y unirá en el futuro a España con sus hijas predilectas.

La raza, la descendencia del Indiano, surgió al fundirse la hidalga, ardorosa, guerrera, emprendedora inquieta y quijotesca sangre española con la cadenciosa, morena, graciosa, suave y prometedora americana, y los frutos de esa fusión amorosa, los indianos nacidos en Hispanoamérica, con su ligera pigmentación en la piel, la sonoridad agradable en su decir, y sobre todo con el amor incommovible que profesan a su patria nativa y a la de sus progenitores, constituyen los pilares, son los herederos de la Hispanidad, continuando la gran tarea de hermandad iniciada por sus mayores.

Y por fin nos queda otro tipo o modelo de Indiano, el que nosotros intitulamos Indiano de almas. El montañés que partiendo hacia América lleva por todo equipaje, por todo hatuco, la vieja sotana que en sus años mozos estrenó en Monte Corbán o en Comillas, y por instrumentos de trabajo la Cruz Redentora y el breviario.

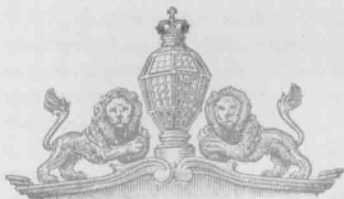
Este Indiano, el de almas, el misionero, no tiene apetencias humanas. Quizá, quizá, como el indiano que no hizo fortuna, no regrese jamás, porque al dedicarse a Jesucristo, su Patria, en lo espiritual, lo constituye todo el mundo. Pero estamos seguros que donde se hallare, en las Misiones o en la selva; en la ciudad o en la montaña, existirá también otro embajador de España que llevando la luz a los espíritus, no sólo de los nativos, sino también a sus paisanos, a quienes enfrascados en los negocios terrenos olvidan momentáneamente los del alma, catequizará, como los viejos misioneros colonizadores, en espera del día en que en la eternidad nos salga al encuentro portando de su mano a los feligreses americanos, para unirlos a nosotros y continuar en el otro mundo haciendo realidad el lema de la Hispanidad.

Hemos escuchado de labios autorizados, la suerte nos fué propicia, algunas ideas, quizá el soñado anteproyecto, de lo que pudiera ser el Monumento al Indiano Montañés. Lo resumen, simbolizan, concentran, en tres personalidades montañesas, en tres indianos de la nobleza española, los señores Duque de Santoña, Marqués de Comillas y Marqués de Valdecilla, resumiendo en ellos, por decirlo así, de una manera simbólica, la aportación que a la cultura, la religión y la beneficencia efectuaron los indianos. Corona el Monumento la figura del montañés que abrió y dejó señalado para siempre el camino de las Indias, Juan de la Cosa, con la nao "Santa María" a sus pies, y sosteniendo en sus manos la imagen de la Virgen Mariana e Indiana, que según la tradición llevó a América, Nuestra Señora del Puerto, y el famoso mapa-mundi, del que fuera autor.

Nosotros, sinceramente creemos que en este grupo de alegorías, de concentración, falta, se ha omitido la figura del sacerdote-misionero, del Indiano de almas abrazando al Indiano que se nos quedó al otro lado del Océano...

Y para concluir, lectores montañeses, aceptad conmigo, acérrimo admirador de la gran obra de los Indianos, la ocasión que el Ayuntamiento santosés nos brinda, para rendir homenaje provincial a los preclaros hijos de la Montaña y a Juan de la Cosa. Demos, in mente, gracias a los Indianos por su labor, social, política, religiosa y de fraternidad hispano-americana, y luego de brotar de nuestros labios una oración por quienes reposan en suelo americano y no tuvieron la suerte de regresar, gritemos de corazón:

¡Viva el Indiano montañés!





# JUAN DE LA COSA, PRIMER TESTIGO DE AMERICA (1492 - 1509)

POR

JOSE MUÑOZ PEREZ

En esta idea de testimonio puede centrarse el valor simbólico y real de la figura del montañés Juan de la Cosa. Todo testimonio lleva en sí la condición de espectador y hasta de actor de los hechos. Todo testimonio para que lo sea de verdad, ha de dejar un rastro documental. Juan de la Cosa es, en este caso, un testimonio excepcional, porque participa de todas las variantes que la empresa indiana tuvo en sus años, desde el viaje inaugural —momento sutil e impalpable de la preexperiencia— hasta su muerte a flechazos, con su credencial ya de Alguacil Mayor de la Gobernación de Andalucía la Nueva. Su tenso y bien lleno arco biográfico va desde la amanecida esperanzadora de una costa virgen hasta el momento en que España comienza a estructurar y sembrar una teoría de futuras nacionalidades. Y si esto no bastara para afirmar su calidad excepcional de testigo, ahí está el primer mapa del Nuevo Mundo, debido a su pericia de cartógrafo, que algún autor ha calificado como “la piedra fundamental de la historia de los descubrimientos marítimos españoles”.

¿Quién era el Juan de la Cosa de 1492? A las grandes

figuras les sucede con frecuencia que su vida posterior termina avasallando toda su existencia, a fuerza de querer explicarla, y que pasado, presente y futuro se entremezclan en una argamasa casi divina; como si los hijos del Tiempo lograran escaparse de él. Ballesteros-Beretta, su más reciente biógrafo, no ha sabido precisarnos esta etapa. Por conjeturas lo vincula con el grupo de norteños que se dedicaban en la Andalucía occidental al tráfico de Guinea y a prepararse sin saberlo para la aventura del Océano. De esta manera hasta en lo que hoy se considera como el aprendizaje castellano de su futura tarea descubridora se encontraría Juan de la Cosa, enlazado en su doble calidad de montañés y de vecino del Puerto de Santa María, los dos focos navales importantes de la Castilla, de fines de la Edad Media.

Y luego, con Colón en los dos primeros viajes. Su nao va a ser la capitana. Su nombre de "Santa María" le recordaría la advocación de la Iglesia, en que con el bautismo inició su navegación de cristiano. De esta etapa, poco se sabe y lo poco se refiere en cambio al mucho desnudo con que se puso a aprender cartografía, a beberla sería más gráfico, del propio Almirante, consumado experto en levantar mapas y en dirigir barcos.

Juan de la Cosa no formó parte ya del tercer viaje colombino. Parece como si su aguja de marear le indicara que el rumbo de la historia y de su vida cambiaban. La historiografía más reciente distingue hoy un importante cambio entre los dos primeros y los dos últimos viajes de Colón.

Colón tenía amasada en su sangre de italiano la idea de establecer una factoría, al modo de las colonizaciones genovesas. El negocio de las Indias lo veía vinculado a una razón social Corona-Almirante, que dejó claramente consignada en las capitulaciones de Santa Fe. Pero esta idea —clara en los dos primeros viajes— va a chocar, cuando comienza a prepararse el tercero, con la sensibilidad repobladora de Castilla —el alfoz, el concejo y el repartimiento— y con la presión

del común de los castellanos, que piensan al pasar en crear nuevos señoríos para sus apellidos sonoros, como los anteriores lo habían ido haciendo en el yermo leonés, en la seca estepa de la Mancha y en el rincón grato de Granada. Se ha decretado entonces la libertad de navegación. Cuando el tercer viaje de Colón ha dejado atrás el Cipango de las primeras rutas y se enfrenta nada menos que con el Paraíso y con la Trinidad y la Cartografía de estas nuevas tierras —las primeras que se pisan de Tierra Firme—, llega a Castilla, Juan de la Cosa, con Ojeda y Vespuccio, emprenderá el viaje que les llevará desde la Boca de la Sierpe hasta el Cabo de la Vela. Estamos en 1499.

Es curioso pensar en el sino testimonial del montañés. Subordinado al Almirante, participa en el primer viaje de éste. Ahora forma parte protagonista del primer viaje que se hace con carácter particular. Se ha hallado presente en el decisivo cambio de rumbo de la Historia, que ha supuesto el Descubrimiento. Va a estar también en los distintos cambios de rumbo, que gravitan la formación del naciente mundo americano, que de manera muy entrañable está creciendo entre sus manos.

Juan de la Cosa ha recorrido todo lo que es la costa occidental de Suramérica. Con el hito del Cabo de la Vela proseguirán sus compañeros de los viajes menores. El promontorio colombiano viene a tener para él —aunque lo ignore— un designio de vela, de alerta, de vigilancia. El de Santoña será también el primero que lo traspondrá, en la expedición conjunta que hace con el trianero Rodrigo de Bastidas entre 1500 y 1502. Ha doblado el Cabo de la Vela y el Cabo que separa el XV del XVI. El litoral venezolano se ha completado con el actual de Colombia y Panamá. Se ha empezado en la Trinidad y se ha acabado en el Nombre de Dios, con una unción litúrgica en las quillas. En el viaje de Bastidas ha llevado igualmente el germen de una futura etapa, que ya no conocerá: ha llevado a Balboa, descubridor de la mar del Sur.

Este viaje le reporta el alguacilazgo de la futura gobernación de Ojeda. Va a enlazar Juan de la Cosa con la tercera etapa del descubrimiento americano: con el establecimiento de las primeras gobernaciones en Tierra Firme, con el paso de la geografía a la historia.

Juan de la Cosa ha llegado en este momento a su apogeo. Se dispone —tal es su influencia en la flamante Casa de la Contratación— a firmar una capitulación él solo, sin copartícipe, pero su sino no se hallaba en la hazaña individual. Su destino le llevaba hacia la labor callada y grandiosa del quehacer colectivo. La Reina Isabel entonces dejará escrito el gran elogio: “porque sé que es hombre que sabrá bien lo que aconsejare”. Su estrella es hallarse presente como un símbolo en todo lo que va a tener categoría fundamental en el desvelamiento de América.

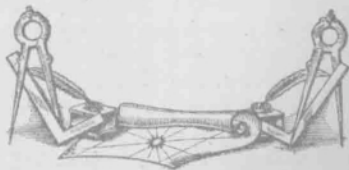
En 1503 y 1504 va a estar en Portugal con una misión de espionaje y de asesoramiento acerca de una expedición lusitana, que inquietaba a la Corona. Se ha supuesto que se referían al viaje de Vespuccio, hecho por cuenta de Portugal, viaje que en definitiva es el que revela el nacimiento de un nuevo mundo y el abandono de las trasnochadas ideas asiáticas de Colón. Por entonces, Colón muere, como si ideas y hombres murieran juntos.

Con Ojeda y con Nicuesa camina de nuevo por las mismas rutas de Bastidas. Doblado el Cabo de la Vela, y en una siesta, le ha sorprendido el sueño de la muerte en Tubarco. Llevaba entonces pensamiento de arraigar para siempre con su puesto alguacil en la tierra que había ido viendo surgir en su retina. Pensaba arraigar y no sabía que con la muerte quedaría incorporado para siempre a la tierra que amó. “Como un erizo asaeteado”, escribe el padre Las Casas, que estaba de los efectos de la ponzoña de las flechas. Y eso que él mismo, refiriéndose a los indios que le asesinarían, había dicho que no tenían “tan brava hierba” como otros.

Quedó de él su mapa de 1500. En el planisferio se refleja

aún la idea colombina. Asia no acaba en la parte oriental y las tierras dibujadas del nuevo mundo, a la izquierda, aparecen como una continuación de aquéllas. Está todavía latente la concepción colombina del descubrimiento. Incluso está allí San Cristóbal, llevando su divina carga a hombros. El propio montañés viene a parecérsenos también como un inmenso Cristobalón, que está transportando al mundo entero desde una concepción a otra. Quizá si no hubiera caído bajo las flechas hubiera hecho el planisferio que reclamaban los últimos descubrimientos, en que él había tenido tanta parte. Pero con lo hecho bastante carga soportaron sus hombros: la suficiente para testimoniar la aparición de un nuevo continente en el horizonte y de una nueva edad en los tiempos.

(Publicado en *El Diario de Avila*, 3-X-1957.)





# MAESTRO DE HACER CARTAS

POR

JESUS SERNA

Uno de los más grandes y hermosos poemas de la epopeya del descubrimiento de América está escrito en un gran pergamino —hoy con grandes úlceras provocadas por el tiempo— que figura en el Museo de Marina de Madrid. Este poema, del que es autor un “maestro de hacer cartas”, el primer maestro de hacer cartas del mundo, nos habla de nombres que parecen surgir del fondo olvidado de nuestra memoria, acaso soñados, acaso vividos en nuestra lejana y dormida fantasía infantil: Costa Anegada, Mar Dulce, Costa de las Perlas, Isla Margalida, Boca de Drago, Isla de los Gigantes, Isla de la Posesión, Río de Vaciabarriles, Cabo Flechado, Río de la Holganza... ¿Qué historia de aventuras a lo Mark Twain nos sugieren estos lugares? Si añadimos que el tal maestro murió “cubierto de sangre y con más de veinte flechas envenenadas en su cuerpo”, no dudaremos un instante: esta historia sí la conocemos. Sin embargo, nos equivocamos. Esta historia apenas se conoce. La conocen muy pocos.

El gran maestro en el arte de hacer cartas nació en la villa cántabra de Santoña, hacia 1460 (sobre esta costa, el mar,

con el cincel de sus olas, ha labrado los espolones de famosas peñas). Hidalgo —porque en ese trozo de tierra raro es hallar quien no lo sea—, hizo la carrera de Flandes, “la más difícil de entonces y en la que se formaban los grandes mareantes castellanos”. A los treinta años ya era dueño de una nao: la “Santa María”. Tal vez este nombre se lo sugirió el barrio de Santoña en donde vivía. A la carabela le esperaba la gloria de abrir las puertas de un nuevo mundo, de una nueva era.

Como maestro de su propia nao, Juan de la Cosa, autor del primer mapamundi, aceptó y suscribió el contrato de fletamiento que le ofreció Cristóbal Colón cuando, en 1492, organizaba la gran empresa del viaje a las Indias por la ruta del sol.

Dicen las malas lenguas que el cartógrafo y Colón no se entendían bien. Sin embargo, Colón lo lleva en su primer viaje, el viaje histórico, como piloto. En su segundo viaje reclama de nuevo la compañía de La Cosa; en esta ocasión ya como “maestro de hacer cartas”. Por tercera vez vuelve el montañés a las Indias, con Ojeda, quien lo lleva también como cartógrafo, aunque en la expedición figura nada menos que Américo Vespucio.

Juan de la Cosa es, al mismo tiempo, navegante, descubridor, cartógrafo, piloto diestrísimo, del que todos solicitan sus servicios.

Cuando Juan de la Cosa asume la tarea de dibujar el mapa del mundo conocido de su época se convierte en un auténtico cronista, que en lugar de utilizar la pluma utiliza el compás. Y con el compás en la mano escribe el más bello poema geográfico de la Humanidad, cuya rima se produce al ritmo mismo del alumbramiento de las nuevas tierras que nacen a la civilización. El mapamundi de La Cosa es el “Mío Cid” de la Geografía. El famoso portulano, mordido ya por la humedad, por el paso de los siglos, es la carta de ciudadanía del nuevo continente, es el acta notarial del descubrimiento. Colón, que había muerto creyendo que la Española era ya



tierra firme, no pudo ver el asombroso perfil de la isla, trazado con una exactitud estremecedora por su primer piloto, Juan de la Cosa. Juan de la Cosa, que ya tenía noticia y la trasladaba a su gran mapamundi de los viajes de Juan Caboto por el norte de América.

A este Juan de la Cosa, Santoña, su ciudad natal, va a rendir homenaje en la festividad del Día de la Hispanidad.

Homenaje al que abrió nuevas rutas y bautizó tierras y mares, y dejó, para asombro del mundo, la bella imagen del descubrimiento.

(Publicado en el diario *Pueblo*, de Madrid, 9-X-1957.)





## INDICE

Introducción del Alcalde de Santoña. . . . .	5
Evocación a Juan de la Cosa . . . . .	7
Indianos montañeses . . . . .	13
Juan de la Cosa, primer testigo de América . . . .	21
Maestro de hacer cartas. . . . .	27



Se terminó de imprimir  
en Santander,  
el día 14 de junio de 1958,  
en el  
Taller de Artes Gráficas  
de los  
Hermanos Bedia.







R36266